

resultados, fué buena prueba el pequeño número de aventureros que se prestaron a seguirle y el ser estos de la mas baja ralea.

Pero las promesas de Pizarro se habian realizado ya. No eran relaciones de riquezas las que reclamaban el crédito de los españoles; era el oro mismo desplegado con profusion ante sus ojos. Todas las miradas se volvieron entonces hácia el Occidente. El gastador perdido vió en el Nuevo Mundo el medio de rehacer su fortuna tan pronto como la habia arruinado; el mercader, en vez de buscar los preciosos artículos del Oriente, convirtió su atencion en direccion opuesta prometiéndose mayores ganancias en unos países donde las cosas mas comunes se pagaban a tan exorbitantes precios; el soldado deseoso de ganar gloria y riquezas con la punta de su lanza, pensó encontrar vasto campo para sus proezas en las altas llanuras de los Andes. Hernando Pizarro vió que su hermano habia juzgado acertadamente concediendo el permiso de volver a su país a todos los que lo solicitaran, seguro de que las riquezas que en España mostrasen, llevarian a sus banderas diez hombres por cada uno de los que las abandonaban.

En poco tiempo se vió Hernando a la cabeza de una de las mas numerosas y bien surtidas escuadras que probablemente habian salido de las costas de España desde la gran flota de Obando en tiempo de Fernando e Isabel. Poco mas afortunada que aquella fué esta otra escuadra, pues apenas habia salido al mar cuando una violenta tempestad la obligó a retirarse de nuevo al puerto para remediar sus averías. Al fin logró cruzar el océano y llegó con felicidad al pequeño puerto de Nombre de Dios. Pero no se habian hecho preparativos para su llegada, y como Hernando tuviera que detenerse allí algun tiempo antes de poder pasar los montes, sus tropas padecieron mucho a causa de la escasez de víveres, la cual fué tanta que hasta las cosas mas dañosas llegaron a servirles de alimento, y muchos gastaron sus pequeños ahorros para procurarse una miserable subsistencia. Las enfermedades como sucede de ordinario siguieron inmediatamente al hambre, y muchos de los desdichados aventureros, no pudiendo resistir los ardores del clima a que no estaban acostumbrados, perecieron a las puertas mismas del país a donde iban a buscar fortuna.

Esta es la historia de la mayor parte de las empresas de los españoles. Unos pocos, mas venturosos que los demás, encuentran inesperadamente alguna rica presa, y centenares de ellos atraídos por la fortuna de los primeros se apresuran a seguir el mismo camino. Pero la rica presa que estaba en la superficie ha desaparecido ya en manos de los que la descubrieron, y los que vienen despues tienen que ganar sus riquezas a fuerza de largos y penosos trabajos. Muchos, perdido el ánimo y el dinero, vuelven disgustados a su país natal, otros no quieren volver y mueren desesperados encontrando su tumba donde pensaban encontrar riquezas.

Sin embargo, no sucedió así con todos los que siguieron a Hernando Pizarro. Muchos de ellos cruzaron con él el istmo de Panamá y llegaron a tiempo al Perú donde en las vicisitudes de las contiendas revolucionarias algunos alcanzaron puestos de provecho y distincion. Uno de los primeros que llegaron al Perú fué un emisario enviado por los agentes de Almagro para anunciarle las importantes concesiones que le habia hecho la corona. Almagro recibió la noticia justamente al hacer su entrada en el Cuzco, donde fué recibido con todo

respeto por Juan y Gonzalo Pizarro que en cumplimiento de las órdenes de su hermano le entregaron inmediatamente el gobierno de la capital. Pero Almagro se envaneció muchísimo al verse colocado por su soberano en un mando independiente del hombre que tan profundamente le habia agraviado; y así declaró que en el ejercicio de la autoridad en que se hallaba constituido no reconocia ya superior. En estas ideas de altivez le confirmaron varios de sus soldados insistiendo en que el Cuzco caia hácia el Sur del territorio concedido a Pizarro; y que por consiguiente estaba comprendido en el suyo. Entre los que sostenian estas ideas habia muchos de los que llegaron con Alvarado, jente que, aunque de mejor condicion que los soldados de Pizarro, estaban muchísimo menos disciplinados, y que bajo el mando de aquel jefe poco escrupuloso habian adquirido un espíritu de desenfadada licencia (1). Estos no tenian consideracion ninguna con los indios; y no contentos con los edificios públicos se apoderaban cuando les parecia de los particulares, apropiándose sin ceremonia cuanto contenian, y mostrando en suma tan poco respeto a las personas y a las propiedades como si la plaza hubiera sido tomada por asalto (2).

Mientras pasaban estos acontecimientos en la antigua capital del Perú, el gobernador continuaba en Lima, donde le alarmaron mucho las noticias que recibió de los nuevos honores concedidos a su socio. No sabia que habia sido extendida su propia jurisdiccion hasta setenta leguas mas hácia el Sur, y sospechaba lo mismo que Almagro, que la capital de los Incas no habia de estar comprendida en los límites de su territorio. Vió todo el mal que podia resultarle de que tan opulenta ciudad cayese en manos de su rival, dándole de este modo medios abundantes para satisfacer su codicia y la de sus soldados; y conoció que en tales circunstancias no era seguro permitir que Almagro tomase posesion de un poder a que todavia no tenia lejitimamente derecho; porque los pliegos que contenia la concesion se hallaban aun en Panamá en poder de Hernando; y lo único que habia llegado al Perú era un extracto de ellos.

Por tanto, envió sin pérdida de tiempo instrucciones al Cuzco para que sus hermanos volviesen a encargarse del gobierno, y prohibió a Almagro el desempeñar sus funciones, fundándose en que debiéndose recibir despues sus credenciales, no seria decoroso que al tiempo de recibirlas se ha-

(1) En punto a disciplina presentaban estos soldados un notable contraste con los conquistadores del Perú, si hemos de creer a Pedro Pizarro, el cual asegura que sus compañeros no se hubieran propasado a tomar una mazorca sin licencia de su jefe. «Que los que pasamos con el marqués a la conquista no ovo hombre que osase tomar una mazorca de mahiz sin licencia.» Descub. y Conq., M. S.

(2) «Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco y los salieron todos los naturales a rescibir y les tomaron la ciudad con todo cuanto havia de dentro llenas las casas de mucha ropa y algunas oro y plata y otras muchas cosas, y las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacian ofensa alguna, divina ni humana, y porque esta es una cosa larga y casi incomprehensible, la dejaré al juicio de quien mas entiende, aunque en el daño rescebido por parte de los naturales cerca deste artículo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haver visto.» Conq. y Pob. del Pirú, M. S.